

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grella—José María Delgado

Julio de 1922.

N.º 49. — AÑO VII.

MATEO MAGARIÑOS BORJA



Era, al decir de Manuel Gálvez — que ~~trató~~ ^{trató} poco llegó a estimarlo mucho — uno de los ~~dos~~ ^{dos} escritores de la nueva generación uruguaya que habían demostrado verdadera aptitud para cultivar género literario tan difícil como la novela.

¿Y cómo no reconocerlo así, después de su triunfo con "La Familia Gutiérrez"? — Entre otros elogios sinceros y fervorosos, recordamos el de Bachini. El viejo maestro de periodistas — que tiene una recia envergadura de literato — no escatimó adjetivos, al ocuparse de la novela de Magariños.

Y recordaba cómo el escribir, en Mateito, (así le decíamos cariñosamente los íntimos), le era una herencia. herencia que tenía su aporte más cercano en Mateo Magariños Solsona, el admirable autor de "Pnsar", y el más remoto en el famoso Magariños Cervantes.

Magariños Borja se inició mediocrementemente como novelista. "Redentlío", que provocó la cáustica ironía del provector "Sansón Carrasco" — indignando, como es natural, al entonces muy joven y muy ingenuo autor — no pasaba de ser un endeble ensayo. Pero había algo: había alma, esa buena y cordial alma ingenua de los veinte años. de los jóvenes que saben ser jóvenes a los veinte años.

Magariños Borja no se desalentó ante aquel vacío, semejante al más aplastador de los fracasos. Vivió, es decir: amó, gozó, sufrió, estudió... Y hace tres años, con un bagaje de conocimientos directos de la vida, observador y analizador, surgía radiante para ofre-



cernos la triunfal cristalización de sus afanes artísticos. Era su novela, su excelente novela, su inolvidable novela, "La familia Gutiérrez", que ningún alma bien nacida ha podido leer sin emocionarse.

Magariños Borja tomó del ambiente un trozo palpitante. No se fué a historiar la existencia muelle — y por ende triste — de los áureos salones. Se conformó con el drama de la clase media, con el drama de las lindas señoritas del "quiero y no puedo", de esas

muchachas de la clase media que necesitan del matrimonio para solucionar su vida, y fracasan en el intento, porque el sol, y el cielo y las flores de esta tierra — la tierra oriental toda — han puesto líquido bullente en sus venas y se enamoran de buena fe... y caen.

Eso, nada más que eso, y todo eso, es "La familia Gutiérrez".

Aunque bien recibida, no se crea que todo fueron cumplidos en torno a la aparición de la novela. Comentarista argentino hubo que confundió "La Familia Gutiérrez"—y hasta hallóle analogía—con la trivial comedia "Las de enfrente", de Federico Mertens.

¡Cuán injusto el cargo! Ciertamente que el ambiente es el mismo, la clase media, pero ¡y el formidable análisis psicológico que hace honradamente útil el aporte de Magariños Borja!... De una vez, el novelista quedó consagrado como historiador de una categoría social platina. Se preocupó poco de describir los paisajes, la fisonomía de los exteriores, para profundizar el análisis de las almas, de las pobres almas atormentadas por la miseria, una miseria de bonito rostro, bien vestida y por eso, mucho más inquietante.

En su género, "La familia de Gutiérrez" es uno de los libros más serios que se han escrito entre nosotros. Por sí solo da personalidad y concede "lugar de catálogo" a un autor. Pero Mateo Magariños Borja venía, espiritualmente, ascendiendo. Y decimos espiritualmente porque — ¡los sarcasmos de la vida! — al tiempo que su espíritu de escritor se hacía más robusto, la endeble envoltura se resquebrajaba.

Antes de enfermar gravemente, allá por el año 1919, Magariños tenía entre manos una nueva novela, "El Mirador de San Luis", cuyo asunto había meditado mucho. Dos años hará que leímos las primeras páginas. Y Magariños prometía realizar un alarde a la

par de los mejores intentos novelísticos de que pueda dar cuenta la historia literaria de este país. Recordamos la evocación del Montevideo antiguo, que formaba el segundo capítulo de la obra. Era una reconstrucción magnífica de los ingenuos, de los románticos, de los mejores tiempos, (mejores por encantadores), que ha tenido la ciudad de San Felipe y Santiago.

Pero, al enfermar de cuidado, los médicos prohibieron al novelista la excesiva labor. Ya que no era posible pasar horas y más horas en la mesa, desarrollando la novela, aquel enamorado del Arte que era Magariños Borja, tentó suerte escribiendo, a ratos, dos comedias. Nada sabemos de tales piezas, aunque se ha escrito que una está para ser estrenada por Rosario Pino, noticia que, de ser rigurosamente exacta, patentizaría su mérito.

Pero a Magariños Borja — a los efectos de la posteridad — le bastaría con haber publicado "La Familia Gutiérrez", volumen que mal puede silenciar ningún crítico cuando se documente la evolución de la novela uruguaya, cualquiera que sea el año en que tal trabajo histórico se realice.

No estuvieron cerradas para Magariños Borja las columnas de los diarios. Cierto que se habló de "La Familia Gutiérrez" a raíz de su aparición. Pero, esta vez, como siempre, los rotativos uruguayos han demostrado que no saben estar a la altura de su misión. Si no hubiese mediado algún íntimo, apenas si se habría podido leer en otra parte que no fueran los avisos fúnebres la noticia del sensible deceso. En vida no se le dejó de reconocer valor, pero tampoco se le estimulaba mucho. Muerto, el silencio más injusto y deprimente ha intentado cernirse en torno a su nombre esclarecido.

PEGASO, que le admiraba, cuidará su memoria y mantendrá vivo su recuerdo.

TRÍPTICO

La oración pagana
La oración cristiana
La oración medioeval

Dedicada la primera a Juana de Ibarbourou, la segunda a María Eugenia Vas Ferreira, la tercera a Casilda Rodríguez Varela, tres exquisitas almas de mujer cuyo recuerdo simpático es para mí corazón de escritor, inspiración, estímulo y poesía.

La oración de un joven
ciego sobre el Acropolis

¡Pallas Athenea! espíritu fecundo y bello, alma de mi alma, vengo a tu templo lleno de una gloria pura; haberte descubierto el día en que amé sobre todo a la belleza.

Sólo me queda un remordimiento; no haberte descifrado en el color de la fisonomía de nuestro emperio; en la faz de las aguas cristalinas del Egeo, o en Olimpia, donde tus mancebos más gallardos lucharon por la plástica euritmia.

Al escalar el monte dominador, que es tu asilo, virgen suprema de los rasgados ojos, me ha parecido confundirme con la esencia eterna, con ese cendal sutil que oculta a mis pupilas el más allá.

He divisado, madre intelectual, lo más bello que es

par de los mejores intentos novelísticos de que pueda dar cuenta la historia literaria de este país. Recordamos la evocación del Montevideo antiguo, que formaba el segundo capítulo de la obra. Era una reconstrucción magnífica de los ingenuos, de los románticos, de los mejores tiempos, (mejores por encantadores), que ha tenido la ciudad de San Felipe y Santiago.

Pero, al enfermar de cuidado, los médicos prohibieron al novelista la excesiva labor. Ya que no era posible pasar horas y más horas en la mesa, desarrollando la novela, aquel enamorado del Arte que era Magariños Borja, tentó suerte escribiendo, a ratos, dos comedias. Nada sabemos de tales piezas, aunque se ha escrito que una está para ser estrenada por Rosario Pino, noticia que, de ser rigurosamente exacta, patentizaría su mérito.

Pero a Magariños Borja — a los efectos de la posteridad — le bastaría con haber publicado "La Familia Gutiérrez", volumen que mal puede silenciar ningún crítico cuando se documente la evolución de la novela uruguaya, cualquiera que sea el año en que tal trabajo histórico se realice.

No estuvieron cerradas para Magariños Borja las columnas de los diarios. Cierto que se habló de "La Familia Gutiérrez" a raíz de su aparición. Pero, esta vez, como siempre, los rotativos uruguayos han demostrado que no saben estar a la altura de su misión. Si no hubiese mediado algún íntimo, apenas si se habría podido leer en otra parte que no fueran los avisos fúnebres la noticia del sensible deceso. En vida no se le dejó de reconocer valor, pero tampoco se le estimulaba mucho. Muerto, el silencio más injusto y deprimente ha intentado cernirse en torno a su nombre esclarecido.

PEGASO, que le admiraba, cuidará su memoria y mantendrá vivo su recuerdo.

TRÍPTICO

La oración pagana
La oración cristiana
La oración medioeval

Dedicada la primera a Juana de Ibarbourou, la segunda a María Eugenia Vas Ferreira, la tercera a Catalina Rodríguez Varela, tres exquisitas almas de mujer cuyo recuerdo simpático es para mí corazón de escritor, inspiración, estímulo y poesía.

La oración de un joven ciego sobre el Acropólis

¡Pallas Athenea! espíritu fecundo y bello, alma de mi alma, vengo a tu templo lleno de una gloria pura; haberte descubierto el día en que amé sobre todo a la belleza.

Sólo me queda un remordimiento; no haberte descifrado en el color de la fisonomía de nuestro empíreo; en la faz de las aguas cristalinas del Egeo, o en Olimpia, donde tus mancebos más gallardos lucharon por la plástica curitmia.

Al escalar el monte dominador, que es tu asilo, virgen suprema de los rasgados ojos, me ha parecido confundirme con la esencia eterna, con ese cendal sutil que oculta a mis pupilas el más allá.

He divisado, madre intelectual, lo más bello que es

dable ver, y si hoy muriese llevaría el veste transitorio: la impresión más perfecta del planeta.

De aquí contemplo mirando el infinito azul y limitado verde del mar, tu más excelso pensamiento: Atenas. Allí nació, tú lo quisiste, allí aprendí tu culto: la alegría, la salud, el trabajo, lo bello. Allí ¡oh, diosa ideal! se deslizó mi vida como esos arroyuelos rumbosos que entre bosques de olivos y cipreses, corren tras el lago o el mar, cual el sátiro a la ninfa, vale decir, la realidad y el ideal.

Aquí vi la luz, entre los mármoles que idealizaron Fidias, Ictino y Calicrates, divinos artífices del Partenón que en lo futuro, cediendo al peso del oleaje humano, será reconstruido con las almas, para que more en él, la tuya incommensurable.

Allí, Athenea, quisó tu divina voluntad que los hombres fuesen felices porque eran bellos y amaban a la par: cuerpo y alma. Allí reinaste con sonrisas, porque el ateniense era artista y filósofo, el gimnasio y el templo lo atrajeron por igual.

Bajo el imperio siempre dulce de tu ritmo, se alzó la civilización inmortal. Diosa invisible y eterna, al mirarte sueño en mi infancia: las maravillosas sensaciones de esa edad ebúrnea, reaparecen sonrientes ante el acervo imaginativo. Pienso en la ruta sagrada de Eleusis, donde con mi padre viril y audaz, caminé por las mañanas heroicas, siguiendo en el día quinto, la procesión bendita... Al contemplar en el horizonte azulado los mármoles lucientes de Paros, que señalan la hierática Polis, he sentido la pasión oriental por el misterio, olvidando, Athenea, por un momento, tu serena frente y tus ojos claros que miran sin turbarse.

Allá, a los lejos, besado por el sol, se extiende, cual tu semblante terso, la llanura de Maratón.

Allí venciste, Pallas Athenea. El genio de tus hijos, su fiebre por todo lo grande aletargó a la voluptuosa

Medea. Una chispa de tu divina lumbré, el mensajero que de una carrera llegó a Atenas, proclamando la victoria, rindió aquí tal vez su postrer aliento. Arrojado cefebó, de alados pies. orlado para siempre de fama inmortal. Su física belleza era digna del entusiasmo patriótico que enciéndose en las almas bellas. Para la gleba demasiado bello, su pensamiento excedió lo humano cuando expiró, agitando a tus pies el poético olivo. Solo en tu seno oceánico podía descansar. ¡Energía universal!

Athenas, el Eleusis, Maratón, tres pliegues de tu túnica, lo divino, lo humano, lo transitorio y lo eterno, todo ha trabajado en la Hélade, para darte vida. ¡oh! tú, que eres lo único grande, lo solo bello, lo divino del pensamiento!

He venido a tí ¡oh, victoria de lo ideal! porque vanamente hasta este día he sentido palpar en mí lo divino.

He vivido muchas primaveras cerca tuyo, ¡oh Pallas! sin conocerte; han sido tantas estaciones de tedio, de calentura sin remedio, de actividad sin objeto.

Sólo ayer, extenuado de andar, casi asfixiado por el polvo del camino, columbrando el cielo como para pedirle luz, te he percibido en lo más alto de la colina. Allí estabas tú, ¡oh, eterna! y yo ignoraba tu hogar. Por fin te hallo, esencia perenne de las cosas.

Madre ideal, obrera de lo infinito, ama de la humanidad, eterna e inmensa, mi alma arde por conocerte, pero ¡ay! tú eres más bella de lo que puedo imaginarme. Tú estás más allá. Los hombres te han querido limitar a la forma humana, insensato sueño de invierno: tú eres lo infijable; lo que ha sido, lo que es.

Empecé adorándote, cuando Helios, con un gesto de supremo amante, alumbraba tu mansión de mármol; ya son pálidos y tenues los hilos áureos de la píteá cabellera, y aún escucho en mí la música de magnífica

admiración. Todavía tu glabro rostro me absorbe; no he agotado aún el venero del amor que e hacia ti me lleva.

Mi vida, mi juventud nunca me han parecido tan bellas como ahora que te glorifico ¡oh Psallás! Ya Diana en su incesante cacería viene a encender ante tu efigie el plateado lumen.

Siento dormirme. En el umbral augusto de tu templo reposo, mientras mi alma libre de su corpóreo amigo, vaya vibrando hacia ti y absorbea un poco de luz ¡oh eterna, oh activa, oh belleza inmortal!

La oración cristiana

Vengo a Ti, Señor, inquieto y lleno de pecado. Acaso he vivido alejado de Ti, pero créeme, mi alma te ha deseado; ¡oh Dios mío!

Triste el vivir a no ser por las horas que meditamos en Ti y en Tu hogar.

Perdóname mi abandono, envíanos Tu luz a fin de que se disipen las tinieblas y prepara a mi alma a hablar contigo. Bendice a los más cercanos a mi corazón. Déjales buscarte como yo te he buscado, a través del saber, del amor y del sacrificio.

Estad cerca de nos.

Aumenta, oh Dios mío, en nuestra psiquis: el denuedo, la nobleza y el afecto leal.

En derredor nuestro, esparce los abundosos deleites de lo bello, de la independencia de ánimo y de la franqueza.

Depura nuestro entender a fin de que admiremos cada vez más las gracias y excelencias de la tierra bendita.

Renueva cada mañana, con la gloria del sol: la alegría, el buen talante y las satisfacciones serenas.

Mantiéne nos consecuentes los amigos, y a nosotros, fervorosos en el culto de la amistad.

Danos el valor necesario para defender nuestras convicciones, el terruño que nos da albergue o al amigo en la adversidad.

Aléjanos del ocio innoble, las habladurías, la sátira mezquina o la envidia ponzoñosa.

Detén en nos el avance del orgullo, la crueldad, la arrogancia o la mísera ingratitud.

Impera sobre el parlar nuestro: domeña los transportes de la ira y pon sobre nuestros yerros, el santificante velo de Tu gracia.

Amén.

Oración en loor de la Virgen

Virgen madre de gracia dadora.

Estad cabe mí las horas todas del día.

Si el dolor las nubla o la alegría las deleita.

Tú serás siempre lo que a Dios me une;

Siempre serás tú quién me llame a la ciudad futura.

Más que a tu hijo á nadie amo.

Por ello mismo la expresión no hallo.

Desde que tú a su diestra te sientas.

Por sentirme pequeño dirijo para ti,

El amor infinito que callo para él.

Amén.

ALBERTO NIN FRÍAS.

ANTONIO FEIJÓ, EL QUE MURIÓ DE AMOR

Leído en la Academia Brasileira, sesión del 28 de junio de 1921, por Alberto d'Oliveira,
Ministro de Portugal en el Uruguay y uno de los más grandes escritores portugueses).

La Muerte astuta — ¿o caritativa? — antes de apoderarse finalmente de nuestra vida, comienza su tarea inexorable hospedándose poco a poco en los mejores rincones de ella. Todo hombre que dobló los cuarenta años, conoce esa primera visita y ha de prepararse para ese largo hospedaje. Cada corazón, que sólo cariños y afectos alojaba, he ahí que un día recibe orden de sacar boleto para la pavorosa intrusa, que le cumple hacer compañera de casa. Y el espacio, al principio exiguo; que ella reclama; no deja nunca más de agrandarse en su provecho. Los seres más queridos, los más amados, habremos de perderlos para que ella ocupe su lugar. Van faltando los parientes, van muriendo los amigos, uno a uno, en períodos cada vez menos espaciados. Empezamos; al abrirse la vida, creyéndonos dueños del universo, y, ¡con qué prisa nuestro dominio se limita, se estrecha, hasta sentirnos en él sobrantes!

Cuando al final llega nuestra hora, ya no es sino un fragmento último y mínimo de vida lo que abandonamos a la Muerte. El corazón, a quien ella detiene la cuerda fatigada, estaba tan atrancado de cadáveres que no podía más golpear con libertad.

Estoy experimentando el sobresalto de esos avisos

sinistros, y ya no son los primeros. Hacen seis años era el Conde Arruoso, dejando un claro que nada ni nadie volverá a llenar, en la calma felicidad de mis días. En 1915 fué Ramalho Ortigão, — ese al menos después de una largga y bien aprovechada vida. — Casi al mismo tiempo, en 21 de setiembre del mismo año, moría en plena juventud y hermosura doña Mercedes Feijó, la querida . mujer de uno de mis más fieles amigos. — Y ahora, a 21 de este mes, — veintiún meses exactos después de la desgracia a que no consiguió nunca resignarse, — es Antonio Feijó que muere a su vez, que muere de amor y de sandade por aquella que era el rayo de sol de su vida.

Murió de amor el poeta amoroso a quien las nieves de Escandinavia y la flema profesional de la diplomacia, no pudieron hacer olvidar de que era un conterráneo de Diogo Bernárdez y de que su alma también fué creada al lado de la poesía y de la melancolía tan líricas de Rfo Linna. Murió de amor el rubio hidalgo de Minho, heredero de muchas generaciones de caballeros y trovadores, cuya antigua construcción afectiva y moral nunca se alteró en su perpetuo exilio, ni en el convivio mediocre o mezquino de sus contemporáneos. Murió de amor Antonio Feijó, tan verdaderamente como se moría de amor en Portugal en el siglo XIII, en el tiempo de aquel don Pero Roiz que mandó esculpir en su túmulo esa causal única de su muerte. Murió de amor, — comenzó a morir de amor en el momento en que vió para siempre

*deitada . no caixão estreito,
pallidu e loira, muito loira e fria,*

a aquella mujer tan amada, a quien sin saberlo y sin conocerla, tantos años antes, hiciera proféticamente, en uno de sus más bellos sonetos, la conmovedora necrología.

Antes de morir de amor, no en tanto, menos desventurado que Don Pero Roiz, Antonio Feijó vivió de amor. Dióle su mujer, luego de un largo noviazgo, quince años de íntima ventura y dos hermosos hijos. Pero doña Mercedes Feijó era en tal grado la imagen de la Belleza y de la Gracia, — que perderla, después de haber vivido mucho tiempo bajo su luz y su calor, había de ser, como fué, la angustia máxima. Feijó sabía, podía medir con dolorosa precisión la magnitud y el valor de su pérdida. Creo que no encontré nunca criatura femenina más seductoramente bella. Doña Mercedes era hija de padre sueco y madre ecuatoriana. Cruzamiento de polo y ecuador, como alguien dijo, no es posible imaginarlo más feliz, aliando la pureza casi divina de las razas del norte a la exuberancia y alegría meridionales. Era como un rayo de sol corporizado; y bien comprendíase que de su vida, más que de la propia, viviese su enamorado compañero. No lo sentían tal vez en toda su verdad sino los íntimos de la casa, porque Antonio Feijó era poco expansivo y reservó siempre el sagrario de su lar de la luz cruda y a veces grosera en que, por circunstancias de oficio, tenía que moverse. Para los extraños, ellos eran, sobre todo, un prestigioso matrimonio de diplomáticos a quienes sobaban inteligencia, elegancia, tacto y brillo mundanos para ejercer completamente su misión. Hacían más de veinte años que Feijó era ministro de Portugal en Escandinavia y hacía mucho tiempo también que era el decano del cuerpo diplomático de Stockolmo. Hablaba el idioma del país, conocía toda su gente, era amigo del Rey y de la familia real, vivía rodeado de las deferencias y simpatías conquistadas por su talento y por su carácter, continuando y sobrepasando la tradición dejada por su espiritual y legendario antecesor Sotto Mayor, a quien Suecia consideraba, — tal era su popularidad, — co-

mo un sueco honorario. Madame Feijó era, una vez más, el rayo del sol ecuatorial en aquellas sombrías regiones polares. La alegría y la vida de la sociedad de Stockolmo eran obra suya. Toda la ciudad la lloró, sintiendo la pérdida irreparable. Su entierro fué un homenaje imponente en que las flores mandadas por los reyes y los príncipes de las tres cortes de Escandinavia se mezclaban con las flores del pueblo de la pequeña y graciosa capital sueca.

Mi querido amigo, a pesar de la profundidad y de la intensidad de su dolor, sintió llegar hasta ella las lágrimas y los cariños de tantos corazones, y no pudo dejar de impresionarse con las pruebas de respetuosa y tierna consideración de que todo un pueblo extranjero la rodeaba en tan amarga hora. Pero no sacó de esos homenajes el más ténue bálsamo para la llaga en que se convirtió su corazón. En ellos apenas vió que los encantos de su querida mujer eran tan amplios y universales que hasta a los más indiferentes alcanzaba. Y reconoció, con paciencia y lucidez, — formas terribles, que a veces, reviste la desesperación, — que su duelo no era cualquier duelo y que Dios le destinaba, después de una ventura excepcional, una penitencia y una amargura de la misma especie.—Y nada hizo para escaparles.

Aquí tengo sus cartas, escritas entre lágrimas. las releo ahora en la mayor conmoción, y en ellas puedo seguir, como la curva de una ardiente fiebre, la historia completa de su muerte de amor. — La última me llegó ayer, como visita sobrenatural, ya después de inerte y fría la mano que la trazó. — ¡Habré de tener escrúpulos de citar aquí esas cartas! — No veo, sin embargo, mejor manera de rendir al gran corazón de Antonio Feijó el tributo que le debo. — No hay en ellas una palabra que pueda parecer indiscreta ante la doble tumba donde quedarán como epitafio.

Antonio Feijó tenía el hábito supersticioso de escribir a sus amigos en papel de carta de formato y color siempre diferentes. — Su última carta despreocupada y alegre es del 28 de febrero de 1914 y está escrita, como por extraño presentimiento, en papel color de rosa. — Nunca más tuve otra del mismo humor ni del mismo color.—La carta siguiente, datada a 20 de abril, es amarilla, color de otoño y de muerte, y trae las primeras aprehensiones duraderas sobre el estado de salud de su mujer, que, meses antes, ya le diera pasajeros cuidados. — Después de esta fecha, nunca más hubo paz en su vida. — Hojeemos lentamente esa amarga correspondencia:

18 de julio de 1914: "He tardado en darle noticias mías, porque, en el estado de espíritu en que me encuentro, no quería afligir sus primeras horas de Río de Janeiro con lamentaciones y amarguras, a que su corazón amigo no puede dar remedio. — Mi querida enferma va mejor, ya puede salir, ya casi puede hacer su vida habitual. — Pero... este pero es mi tortura de todos los instantes. — Cualquiera que sea la naturaleza y gravedad de su dolencia, las recaídas anteriores no me dan la menor garantía para el futuro.— Es más que probable que la enfermedad se reproduzca. — No sé lo que ha de ser de mí.—La *Imitación de Cristo*, que leo asiduamente, dice que *à chaque jour suffit sa peine*; pero yo estoy lejos de ser un buen cristiano, y la resignación es una virtud que Dios sólo concede a los elegidos."

Sobreviene la gran guerra, que ruge y estruenda tan de cerca, y que absorbe el tiempo y agita el espíritu del diplomático. Pero, entre sus ocupaciones y responsabilidades del momento, se instala la aflicción íntima. A 23 de octubre me escribe:

"De salud vamos yendo, gracias a Dios; pero, siempre en aquella preocupación de que le tengo hablado,

no consigo horas de paz, ya no digo perfecta, siquiera resignada. De hecho, el futuro, en nuestra edad, mejor dicho, en la mía, es apenas 24 horas, como usted dice;—pero, 24 horas o minutos que sean, todos ambicionamos pasarlos tranquilamente”.

El 1.º de enero de 1915, presentándome votos de buen año, agregaba: “Siéntome en un estado de espíritu tan desolado y abatido que ni puedo conversar a voluntad con mis amigos más queridos. Mercedes anda otra vez enferma y yo estoy con el inmenso recelo que sea una nueva *poussée* del antiguo mal. Traigo el corazón en sobresaltos”.

Entonces, se abre un largo silencio, que mis cartas no consiguen quebrar y que me inquieta progresivamente. En julio, cediendo a mis instancias, vienen dos palabras por telégrafo: “Mercedes siempre enferma. Estoy desolado.” — Y en setiembre, una carta del 26 de agosto, con tristes noticias: “Tiene razón para quejarse de mi silencio pero no escribo a nadie. — Vivo apenas para mi enferma y para mi dolor. — De hecho, parece injusto el martirio que ella sufre, pero en este mundo los que padecen son siempre los mejores y ella era la mejor de todos. — Hace largos meses que la vida es un suplicio para mí, y sin esperanza de verle fin. — Dios sabe lo que habrá sucedido cuando esta carta llegue a sus manos!”

En efecto. — La previsión no falló. — El 22 de setiembre, a la hora en que me embarcaba para Europa, llegó a mis manos un telegrama de Stockolmo, fechado en la víspera, con estas palabras apenas: “Tout est fini.” — La censura de la guerra no dejó trasmitirlas en nuestro idioma: pero ni así me sonaban menos trágicas al oído.—Hice todo el viaje con este pesar, no pudiendo creer cómo tan luminosa y hermosa mocedad se pudiera extinguir así, bruscamente, y viendo tan sólo en esa muerte maldita un gusano hediondo que

se había introducido en la rosada pulpa del más fresco y dorado fruto, para roerlo. La electricidad del mar, siempre tan contagiosa para mí, no se me comunicó esta vez. — Hice una travesía melancólica; — y, al desembarcar en Lisboa, me esperaba la noticia de la muerte de mi venerado amigo Ramalho Ortigão, a quien quería como a un abuelo, y quien, pocos días antes, muriera entre afflictivos sufrimientos.

No sé, ni ahora me importa saber, si es monótona, para los desconocidos de quien lo sufrió, la descripción de un dolor humano. — Será monótona, pero ¡ay de quien no le sintiera la grandeza y la belleza! — Desde la muerte de su mujer, las raras cartas de Antonio Feijó son un continuo lamento cuya lectura impresiona más que la más perfecta literatura. — Se percibe que el vivir así ya no tiene de vivir más que el nombre, y se verifica una vez más que, sin el punto de apoyo del ideal, del sentimiento o de la fe, la vida, a la que nuestro instinto animal tanto se apega, ya no es nada. La primera carta, sin fecha, dice así, para no copiarla toda: “Si un día nos encontramos, — lo que dudo, — entonces le contaré lo que fué el martirio de mi pobre mujer, y el suplicio que fué mi vida, viéndola sufrir sin remedio, para esconderle la naturaleza del mal y alimentarle la esperanza de la cura, que nunca, felizmente, la abandonó. Murió de repente, sin agonía y sin apercibirse de que era el fin. No tengo fuerzas para responderle como deseaba ni para tomar ninguna resolución. El futuro, a mi edad, como usted acostumbra decir, son 24 horas. — Rápidas o cortas, que ellas pasen como Dios quiera. — De mi parte nada haré para hacerlas menos pesadas, porque todo es inútil.”

El 8 de enero de 1916, cuéntame más lentamente, el estado desesperado de su dolor. Vive como un sonámbulo, no sabiendo distraerse sino con el recuerdo del

pasado. — “Y sólo, — me escribe, — revolviendo en la memoria atribulada, es como se me pasan las horas menos atormentadoramente.” — Yo le aconsejaba un viaje a Portugal. — El objeta: “Ir ahora a Portugal es absolutamente imposible, y ese viaje no serviría sino para agravar mi sufrimiento. — No hay ningún sitio por ahí, ni casa amiga, que no, me despierte recuerdos y saudades punzantes”. — Me habla, además de eso, de la educación de los hijos, que no desea perturbar, y se ve que en ellos busca la razón de vivir, que el dolor destruyó. — Pero no lo consigue. — Cuéntame con pormenores, por primera vez, lo que fué el entierro de su mujer y me reproduce el telegrama que le dirigió un ilustre escritor sueco, John Bettiger, viejo de más de sesenta años, casado y sin hijos, tan grande admirador de Doña Mercedes, que pensó seriamente, él y la mujer, en adoptarla para dejarle su fortuna. — Feijó sabe el telegrama de memoria y me lo transcribe en el original sueco y en la traducción. — Es, y parece en verdad, como él me decía, un epitafio de antología escrito en estilo lapidario: — “Reciba la expresión de mí más profunda simpatía en el acerbo luto que lo hirió. Nunca se encontrarán, así reunidos en el mismo ser, bondad, candor y belleza, como en su incomparable mujer. Haberla conocido es una ventura que nunca nadie podrá olvidar.”

A 15 y 20 de enero, a 7 de febrero, nuevas cartas que no anuncian mejoras. — Le dió un minuto de placer su elección en la Academia Brasileira, “por la espontaneidad, me dice él, y por el momento en que fué votada.” — Feijó era muy amigo del Brasil, donde viviera algunos años ardientes de juventud y donde tuvo amigos dedicados. — Consideró el homenaje de la Academia como un deseo sutilmente afectuoso de ofrecerle una conformidad a la angustia que su-

fría. Y ese tierno pensamiento lo conmovió. Pero el dolor era siempre su nuevo compañero. "Voy viviendo, con mi tristeza y mi saudade. *Voy viviendo* no es la expresión justa. *Me dejo vivir como Dios quiere*, es más exacto." Se distraía relejendo las cartas antiguas de sus amigos, que coleccionaba cuidadosamente, y, entre las cuales, muchas veces, se refería a gruesos paquetes de las mías. Me escribía, a 29 de febrero: — "La lectura de esas cartas, es, como ya le he dicho, mi única distracción. — Cuando ellas se acaben, no sé lo que va a ser de mí. — Escribir (yo le había pedido que, como en la receta de Goethe, pudiese su dolor en poemas), me es absolutamente imposible. Estos dolores no caben dentro de los moldes literarios. *Quien atiende el concierto de lo que dice no siente lo que dice*, sentenciaba un viejo fraile gongorino. Creo que, para mí, los versos se acabaron. — Y es bien posible que no vuelva a escribir una línea más. *Pena que puede explicarse, cerca está de no sentirse*, como dice el mismo fraile, aludiendo a idénticas circunstancias."

Carta del 3 de abril: "No tengo fuerzas para nada. Escribir una carta es como si tuviese que dislocar una montaña. El tiempo no me ha curado. Me da, a veces, una cierta paz, pero a cortos intervalos, de los que salgo para un recrudecimiento de amargura y de saudade angustiosa. Siento que se vaya (yo iba a regresar de Lisboa a Río). Me parece que todo cuanto amé y cuanto amo se va apartando de mí, cada vez más."

Nueva carta, del 10 de julio: "Mi cabeza, como mi alma, están profundamente enfermas. Me siento cada vez más solo, cada vez más desconsolado y más triste. El estío era, en esta tierra, la estación en que mi vida de familia se acentuaba más. Como cesaba todo movimiento mundano, estábamos siempre juntos, o en el campo, en algún sitio apartado y pintoresco, o en

excursiones por los arrabales de la ciudad. Ahora todo acabó. Del estío septentrional apenas me queda la melancolía inenarrable. No se imagina cómo pesa en mi espíritu este paisaje, monótonamente compuesto de lagos, pinares y rocas, bajo una luz pálida, mezcla de aurora y poniente, tan triste, tan triste que parece la obra de un Dios infeliz. Para evitar recordaciones a las que no podría resistir, resolví quedarme en la ciudad. Con esa intención, mandé a los pequeños para el campo, acompañados de una tía;—pero estoy arrepentido. No puedo vivir solo. Mañana he de partir, no sé bien para dónde, a huir de aquí, tal vez para Laponia, para alguna tierra donde no encuentre recuerdos del pasado. Perdóneme este desahogo. En verdad, no hay otra cosa que hacer más que resignarse;—tengo hijos, que necesitan de mí más que nunca, y preciso vivir. Pero, lo peor es que no encuentro nada que me interese o que me distraiga. Los mismos versos, que siempre me encantaron, me parecen ahora estultas frivolidades.”

Me escribió, a 6 de setiembre: “Pensaba ir a Lisboa este verano, pero esta guerra, que amenaza volverse crónica, me obligó a poner de lado mis proyectos. Me quedé aquí. Apenas si me ausenté durante dos semanas, en una excursión por la provincia, pero el paseo no me sirvió de consuelo. Era la primera vez, después de quince años, que viajaba solo. Tan angustiado me sentía en los vagones de ferrocarril y en los cuartos de hotel, que preferí en seguida volver a mi nido medio deshecho, a pesar de la desolación que me esperaba en él, dada la ausencia de mis hijos, que había mandado al campo. De manera que estuve solo aquí, completamente solo, desde julio hasta ayer, puesto que recién ayer ellos regresaron. Este mes es para mí todo lleno de terribles recordaciones. El día 4, hizo un año que regresé del campo con mi querida enfer-

ma. No se imagina lo que me impresionó ese viaje, en corto trayecto de automóvil, con Ella, el médico, la *garde-malade* y una cuñada mía. Traía ya la impresión de que era el último paseo que daba con Ella. . . Y, en ese estado de espíritu, fueron pasando los días hasta la muerte, el día 21 del corriente. En la víspera, estuvo todo el día allí, en aquella *chaise-longue*, con su sonrisa y buen humor de siempre. Y allá está, hace casi un año, en la capilla del cementerio católico, también esperando que acabe la guerra, para ser transportada a Puente de Lima (tierra natal de Feijó y que él adoraba), donde yo deseo también dormir mi último sueño. No me consuelo, mi querido amigo. Todo dolor, contiene en esencia, el olvido. Pero yo no quiero olvidar. Los muertos no mueren enteramente, mientras la gente se acuerda de ellos. Y no quiero que Ella muera mientras yo ande en este mundo. Perdóne este desahogo. Ante los extraños, los desgraciados siempre son ridículos. Pero usted no es para mí un extraño, y, delante de los otros, nadie es capaz de leer lo que me va por el alma, a través de mi serenidad y de mi compostura. Nunca dejé ver a nadie los rincones íntimos de mi corazón."

Me escribe de nuevo, el 25 de setiembre, agradeciendo mi telegrama en el primer aniversario de su duelo. Y continúa: "El 21, fué el primer aniversario de la muerte de mi querida Mercedes; el 24, el aniversario de nuestro casamiento en 1900; hoy, el aniversario del sepelio. Piense en el estado de mi espíritu, y perdóneme si no le escribo más. Vivo en una angustia perpetua. El tiempo pasa pero no me consuela; me sosiego, a veces, a intervalos, pero el *retour* de la memoria es siempre inevitable, y el sufrimiento se vuelve más agudo, porque, día a día, su falta se me figura mayor."

A 1.º de diciembre se queja de haber estado enfer-

mo, con su viejo mal de gota. Me envía una fotografía en que se me aparece vertiginosamente envejecido. "Contemple esa ruina, agrega. No imagine, sin embargo, que fué sólo la gota la que me dejó así. La gota entra muy poco en el derrumbe de mi vieja vida".

Espera ir ese verano a Lisboa. Desea encontrarse conmigo: "Parece que ya estamos separados por el otro mundo". Me da las felicitaciones de Navidad y año nuevo: "Como para mí no hay fiestas, y hago todo lo posible para no apercibirme de lo que este período del año significa para mi corazón atribulado, ya me iba olvidando de cumplir con este deber. Acuérdesse de mí en esa noche de gracia y de misterio, en que un poco de infancia parece reflorar en nuestra alma, cuando el infortunio todavía no la devastó. Acuérdesse de mí!" Y en la noche de navidad, vuelve a escribirme, diciéndome que se encerró solo en su gabinete, con sus pensamientos y su memoria, llena de infinitas amarguras...

En fin, tiene la fecha de 21 de marzo de 1917, — diez y ocho meses justos después de la muerte de su mujer, — tres meses justos antes de su propia muerte, — la última carta, que antes de perderlo, recibí de este querido amigo: "Estamos tan lejos uno de otro, lo siento tan distante que parece que ya estamos separados por el otro mundo," — me repite, como quien adivina. Continúa quejándose de la gota y se muestra resuelto a ir hacerse una cura de aguas en Portugal de aquí unos meses. Háblame de la guerra y de la política sueca, dándome informaciones interesantísimas. Recomenzó a hacer versos, pero no los que él deseaba. Sólo le salen de la pluma *bailatas*, versos burlescos en los que transforma la tristeza en risa. No lo consuelan — y la dolencia del alma, la verdadera, no cesa de minarlo: "Hoy hace un año y medio que dejó esta vida de lágrimas mi querida Mercedes."

Parece que fué ayer. No hay esfuerzos que consigan apartar mi pensamiento de aquella hora terrible. No es la desesperación de los primeros tiempos; — pero es una saudade, una tristeza de Iña que ni el mismo trabajo consigue distraerme. Necesitaría salir de aquí; necesitaría pasar algún tiempo en Portugal, ver a los amigos, ver a mi tierra; pero al mismo tiempo tengo recelo de ese viaje. ¡Cuántas personas queridas muertas! ¡Cuántas cosas cambiadas! **

Algunos días después de recibir esta carta, un telegrama de los diarios me dió el golpe, — a pesar de todo no esperado, — de la muerte de Antonio Feijó. El era un hombre robusto y sano, tenía apenas 55 años, y yo, tomando mis deseos por la realidad, creía que la educación de los hijos y el desahogo de los versos irían lentamente transformando en dulce saudade su dolor dilacerante. Feijó no estaba *dejándose vivir*, como él decía; se estaba dejando morir, sin darse cuenta de ello. Y el amor incurable, el amor de perdición tan auténticamente portugués, el amor de nuestra raza y tradición matólo como la más fatal de las dolencias físicas. Esta carta póstuma, que él me escribió el 27 de abril y que recién recibí ayer (y aún espero otras), me llega de ultra tumba. ¡Y cómo me duele el corazón y se me nublan los ojos al leerla! Buen y fiel amigo, que todavía te afligías con mi silencio, culpado con la falta de comunicaciones, y que te inquietabas por mi salud, cuando la tuya era la que debía absorberte todos los cuidados! ¡Qué feliz me siento en el mundo al verme rodeado por tantas almas que se afeccionan a la mía,—y cómo me pesan y me dñestruen poco a poco de la vida, estas muertes que comienzan a poblarme! Feijó, al menos, fué a donde quería ir, reuniéndose al fin a Aquella sin cuya compañía ya no sabía vivir.— Dios le habrá concedido todas las bienaventuranzas

prometidas a los que mucho sufrieron y lloraron en este valle de lágrimas.

No pido perdón a quien me haya leído o escuchado, por el espacio que consagré a este romance vivido y sincero, tan digno de ser sentido y meditado por cerebros y corazones de su nivel. Me perdona, estoy segurísimo, la memoria del alto poeta del "Cancioneiro chinez" y de la "Ilha dos amores", que me haya ocupado, en esta hora afflictiva, mucho más de su amor que de sus versos, y que su vida me parezca, como la de todos los seres de elección, más bella todavía que su obra. Pero no me desligo de versar un día ese capítulo de la historia literaria portuguesa, donde Antonio Feijó figurará siempre, como uno de nuestros poetas al mismo tiempo más subjetivos de temperamento y más perfectos y cultos de expresión. El nombre de un Feijó ilustró ya la historia del Brasil en la persona del Padre-Regente, que era por ventura de la familia del poeta y hasta se parecía con él en el porte de la cabeza profundamente enclavada entre los hombros. Son hoy entonces nuestras letras hermanas, las que registran, en caracteres indelebles, ese mismo viejo e ilustre nombre.

Todavía tengo una justificación más para esta larga página de memorias. Hay muchas personas, entusiastas de la Vida y del Arte libres, que juzgan los transportes del Amor y de la Pasión incompatibles con la regla y el pacto del casamiento, y que no son capaces de expresar la poesía, de que sus almas rebosan, sino en versos destemplados. Lejos de mí la intención de contradecirlas. Pero no estará mal que aquí les ofrezca *este espejo de casados*, en el que su perfección se podrá remirar, al menos una que otra vez.

ALBERTO D'OLIVEIRA.

Lo tradujo:

TELMO MANACORDA.

«EL HERMANO ASNO»

Por *Eduardo Barrios*.

A Eduardo Barrios, novelista, hay que considerarlo en los dos aspectos que ha impreso en su obra anterior, que si no peca por vasta, es, en cambio, muy sólida: realista, cruelmente realista, en "Un perdido"; y romántico, quintaesenciado romántico, en "El niño que enloqueció de amor". Su última producción—"El hermano asno"—que es la que vamos a examinar, coincide, por su carácter poemático, y hasta en la técnica, con la segunda de las novelas apuntadas.

"El niño que enloqueció de amor" es el diario de una criatura sentimental, sensible hasta lo hiperestésico. Supongamos que el niño aquel curó de su locura y se ha hecho hombre. Ha vivido y ha sufrido. Un nuevo y más trágico desengaño amoroso lo recluye en un convento de franciscanos que hay en Santiago de Chile. Fray Lázaro—ahora se llama así—continúa haciendo anotaciones diarias. Vamos a familiarizarnos con su espíritu adulto *y, lo que es, si cabe, más interesante: a través de su alma, mirando por su psiquis como por un cristal, vamos a conocer, de un modo sentimental e íntimo, la vida del convento: su huerto apacible, sus rincones sombríos, sus habitantes, sanos e ingenuos, como Fray Luis, o atormentados a la manera de Fray Rufino.

Vamos a leer, desde el principio al colofón la obra de Eduardo Barrios y ¡oh, poder del arte! no vamos a

encontrar una sola palabra áspera, deslumbradora o excesivamente ruidosa. El lenguaje es suave, gris y aterciopelado, como conviene al ambiente conventual que se fotografía. Son los vocablos esos vasos purísimos que nos habla San Agustín. Tienen un contenido espiritual envidiable. Las frases nos recuerdan esos pobres seres, macerados por el ayuno y la penitencia, toda alma, que poco a poco han ido perdiendo la materia.

Fray Lázaro, en la paz conventual, se duele no ser inocente ni ingenuo. Ha ido allí para olvidar su descalabrero íntimo, sabiendo que es suave el reino del Señor y "áspero el suelo de los hombres". Los actos de Fray Lázaro, que aún no llegó a profesar, no se acordaron todavía con el de los restantes frailes y ama la dulce placidez del huerto:

"Vengo diariamente — escribe — mientras duermen lla siesta mis pacíficos hermanos, y me tiendo en la tierra áspera, bajo el cielo suave". Y luego deplora: "He oído irme a mis oficios y dejar esta paz, esta espontánea actividad silvestre que envidio".

Y Fray Lázaro, lleno de unción panteísta, tiene envidia entonces del arroyo transparente, de "la ancha flor blanca que se abre en la tarde", del pajarillo que "hierve" de música, de todo aquello que da su "perfume lento", su "humilde canto de agua clara", su "alegría sin dirección", de todo aquello que no se inquietan por el provecho de sus dones. Envidia al Hermano Juan, que pasa "con los hábitos arremangados y las piernas velludas", despeinando el lozano herbazal. Fray Lázaro apunta:

"Llleva una cacerola blanca como su alma". Y en seguida, suplica sufriente: "Hermano Juan, tú que tienes una alma de cacerola blanca, ruega también por mí".

¿De dónde proviene el sufrimiento de Fray Lázaro, este, desengañado del mundo? Del análisis. Porque

analiza, no puede amar a sus compañeros. Los conoce demasiado. Y es como él dice: "El conocimiento eleva, Señor, pero las cumbres se hallan siempre solitarias". Nos familiarizamos con Fray Luis, con Fray Bernardo, con Fray Rufino...

"¡Fray Rufino! En este sí, por momentos, al mirar sus ojos perdidos en una nebulosidad sin fondo, creo distinguir cierta visión anticipada de los hechos significativos, alguna primitiva sensibilidad para las cosas externas".

¡Fray Rufino sí! Fray Rufino sigue las huellas del bendito de Asís. El Hermano Lázaro penetra pronto el alma de los otros monjes. A Fray Luis le pondera las manos y Fray Luis, humilde como buen hijo de San Francisco, "le clava el correctivo de su mirada", pero en lo sucesivo, siempre que se enfrenta con el Hermano Lázaro, aquellas manos de obispo, hechas como "para poner una interrupción de márfil en el oro del báculo", le preceden visibles.

Oh, los días del convento, con su paz, que es felicidad: "una limpieza de fuera y dentro", sintiendo el alma "fresca y transparente, hecha un cristal muy fino, al cual llegan suavemente sensaciones suaves, semejantes a seres simpáticos que se nos aparecen sin que los esperemos y con el rostro sonriente y claro". Todas las anotaciones tienen en este libro, como puede advertirse, el ingenuo perfume paterno de las "Florecillas" del beato de Asís.

¡Trama?... No hay trama en esta novela poemática, bella y leve como el trino de un pájaro enjaulado. La leemos y el alma se nos llena de gracia, y, al pretender expresar nuestras impresiones, notamos que nuestros medios de expresión se identifican con el tono fino y cordial de la obra. Si falta trama, en cambio abundan "los tipos", que dijera un Aristarco. Ya, con un solo detalle, hemos conocido a Fray Luis; en seguida

nos enfrentamos con Fray Bernardo, este dulce viejecito que ama a los hombres porque los ve niños, retrotraídos los rostros a la infancia. "¡Caritas infantiles, dulces caritas de diez años, cuán inofensivas debéis aparecer al otro lado de las gafas azules con que el dulce viejecito os mira!" Pero ni Fray Luis, con su muy suave fortaleza, ni Fray Bernardo, con su amor "maternal" a los hombres, ni el irónico Fray Elías, lo gran irse al primer plano de la novela.

El lugar preeminente, en los apuntes de Fray Lázaro, observador minucioso y sutil, queda para Fray Rufino, que ha hecho el milagro—bien franciscano por cierto—de que coman gatos y ratones juntos, en las mismas escudillas, con lo que hay una plaga de roedores que estropean los víveres en la despensa, echando sus pildoritas duras y hediondas en la propia leche.

¡Qué magnífica escena la de la reprensión, que aguanta mansamente Fray Rufino, "abatidos los párpados y las facciones cubiertas de silencio!" Todo el libro está lleno de matices y, sin embargo, todo el libro parece una sinfonía en gris. Vivimos la existencia claustral, la existencia de aquellos franciscanos que, en el coro, se saturan de unción y sienten que sus pecchos, poco a poco, se han ido "vaciando de conciencia", aligerándose en una dulcedumbre que los eleva.

¡Qué deliciosamente ingenuo y santo el episodio aquel, cuando Fray Rufino extrae las polillas que se están comiendo una imagen de la Virgen y las echa, con amor, sobre unas tablas nuevas y olorosas, para que los gusanillos sacrílegos no se mueran de hambre! Pues, ¿y la cura del perro con pulmonía y del burro de las limosnas?... La fama de santo rebasa los muros del convento... y he aquí ahora la tragedia de Fray Rufino.

Ser reverenciado no es ser humilde. Por eso él se castiga; se macera más, niega que haga milagros, libaye

de aquellas mujeres que quieren besarle los hábitos acartonados por el sudor y la sangre de la penitencia. Por fin, buscando una tortura aún más cruel, intenta violar a una jovencita, que ama de un modo romántico a Fray Lázaro. Y muere.

Pero interesa a la comunidad conservar intacto el prestigio de "su santo". De ahí que se callé el delito; aún más: que se le atribuya el asalto de la doncella a Fray Lázaro, recluso en el convento por amor a Gracia, la novia que le dejó, para casarse con un pianista incensado. Los antecedentes condenan a Fray Lázaro, que se irá lejos, a purgar un pecado que no ha cometido. ¡Todo sea en honra y provecho para Nuestra Santa Madre la Iglesia! Entre tanto, las campanas no cesan de doblar, y las buenas gentes, "cargándose de reverencia", lloran y se estrujan contra los pies del santo, besando "el hermano asno", que según San Francisco es ese cuerpo grosero que hasta a los anacoretas perjudica en la vida.

La última producción de Barrios, como le sucedía a "Un perdido", honra, no sólo a las letras de Chile, sino a las de toda América. Aun cuando es preciso convenir que esta tiene más hondo sentido espiritual, con lo que esplende como una fascinante flor exótica. Obras como "El hermano asno" demostrarán en el extranjero el grado de refinamiento artístico que ha conseguido el continente, pues prueba, no sólo que hay un intelectual capaz de semejante alarde, sino también que hay lectores capacitados para saborear libros que hablen fina, directa y exclusivamente al alma. Es el arte, hecho fuente perenne de gracia y de bondad.

VICENTE A. SALAVERRI.

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»

Libro que acaba de editar la «Cooperativa Editorial Pegasus»

La señorita María Espínola y Espínola, autora de este libro, es un alma sensible y noble, una maestra superior y una inteligencia comprensiva y amplia. Sabe ver las cosas desde un plano elevado y abarcar su lado práctico al mismo tiempo. Con dotes agudas de observación, y enorgullecida por la bondad de nuestras instituciones escolares, las hace resaltar ante el país de las realizaciones maravillosas; pero, hondamente preocupada por nuestro mejoramiento social, y creyendo, como todo sociólogo bien intencionado, que su raíz está en la escuela, se inquieta porque ésta *“cumpla”* realmente con su programa, y aboga por el perfeccionamiento de sus medios técnicos de enseñanza. Dice terminantemente: “considero bueno nuestro programa rural. Sólo le falta un detalle: cumplirlo”. Se refiere principalmente a la escuela rural y batalla tesoneramente por su perfeccionamiento, porque considera que “siendo los campos el cimiento de la vida urbana, ésta tiene que ser raquítica y débil mientras su base no sea poderosa y fuerte. Trabajar por nuestra campaña, continúa, es trabajar por nuestra grandeza nacional, *empezando desde el principio*”.

De perfecto acuerdo con todo esto. Pero no es un detalle, como lo dice con suave ironía la señorita Espínola; es nuestro defecto capital aquello de no cumplir lo

que, en general, programamos muy bien; y tanto en organización escolar como en otras muchas, no se cumple lo que se programa porque no hay adecuación entre los organismos de acción y la acción a desarrollar. Así, la escuela rural debe ser un instrumento técnico altamente perfeccionado, y no lo es. La señorita Espínola señala los medios de conseguirlo, así ideales como prácticos, (y es aquí donde aduna alta visión del conjunto y de los detalles: razonamiento y tecnicismo) y, aunque evidentes, a mi vez, su logro lo veo muy lejano... O hay una incomprensión de los medios de acción a desarrollar, entre nosotros, realmente desconcertante, o hay una mezquindad de propósitos que malogra la acción. Pero lo evidente es que la acción queda malograda. Y en esto consiste, para mí, nuestra inferiorización respecto a los Estados Unidos, por ejemplo.

Si empezáramos desde el principio, es evidente que deberíamos ocuparnos de la base, de formar maestros, *buenos maestros*, así rurales como urbanos; de pagarlos bien, muy bien, y mejor aún a los rurales que a los urbanos, porque la obra de aquéllos es más ingrata, más abnegada y más heroica; de dotar a las escuelas generosamente con *todos* los instrumentos que necesita para educar a sus alumnos, así intelectual como manual, moral, higiénica y físicamente, etc. La dignificación de la carrera del magisterio es una necesidad impostergradable; el maestro, en un país de cultura superior, debe ser el primer ciudadano de la patria. Y eso se puede hacer si se quiere. Pero hay que preocuparse de hacerlo, y esto es lo que falta. No hay medios económicos para una obra de esa clase; ella no es sino una concepción utópica: se dice. No hay tal cosa; la obra se puede hacer si se quiere; no de golpe, pero si poco a poco, *poniéndose a hacerla*. Pero no nos ponemos a la obra; he ahí todo.

La señorita Espínola indica una manera de conse-

quir medios económicos para dignificar el magisterio y crear escuelas normales rurales, todo al mismo tiempo. Con el ejemplo de Estados Unidos y con la enumeración de sus múltiples ventajas, señala la conveniencia de la implantación de las escuelas consolidadas. ¿A qué no se hace nada de eso?

Pero, aunque lo piense, he hecho mal en decir esto. La señorita Espínola, que no es sólo una inteligencia comprensiva y amplia y un espíritu práctico, sino un alma sensible y noble (y por todo esto una maestra superior) describe, en un breve capítulo del hermoso libro que comentamos, su visita a Hellen Keller, la maravillosa ciego-sordo-muda de los Estados Unidos, y en su relato, sencillo y emocionado, el alma de Hellen Keller se transparenta a través de la suya, con su claridad interior que "filtraba reflejos a través de su rostro". Y al hablar de la paz del aposento y de la irradiación de felicidad de esa mujer que "es el más puro espíritu humano que ha existido", según el decir de uno de sus admiradores, nos habla del optimismo que es su rasgo esencial y "la filosofía de su vida" y que "le hace ver el mundo como su propio espíritu es". Finaliza su relato diciendo que, antes de irse, "expresó el disgusto que la habría invadido si después de contemplar las tan ponderadas maravillas naturales de América, no hubiera podido ver por sus propios ojos y convencerse de que todas aquellas quedaban apagadas ante las que tenía delante". Y como Hellen Keller preguntara ansiosamente a su compañera, la señorita de Sullivan, qué era lo que la señorita Espínola había dicho, aquella le contestó: "La señorita Espínola deseaba conocerte porque dice que tu fama hace más ruido que el Niágara". "Helen respondió, concluye la señorita Espínola, con una alegre risa que resonó en la sala, y yo sentí una especie de felicidad interior que

me hizo arrepentir de haber echado a perder muchos ratos de mi vida en tristezas inútiles”.

Yo he sentido esa misma felicidad interior por la aspiración de perfectibilidad y el soplo de bondad, altruísmo y amor que este libro trasunta, y por eso, mal de mi grado, debo confesar que he hecho mal en decir lo que pienso sobre la realización de tal aspiración, echando a perder este rato de felicidad con pesimismo importuno.

ALBERTO BRIGNOLE.

SEGUIDILLA

Motivo Musical de Albéniz
A Emilio Oribe.

*Surge triunfante la maja,
¡Olé, salero!,
taconeando con su miaja
de ágil pandero.*

*Atrúexan las castañuelas,
¡Tu mare, niña!,
respondiendo las vihuelas
en grácil riña.*

*Crece, entonces, el jaleo,
como una llama,
que el meneo del taconeo,
cual viento, inflama.*

*De pronto, para la moza
con un son seco,
y una canción dolorosa
se oye, como eco.*

*Un guitarrista acompaña,
con honda queja,
el cantar de pena huraña
que llora y ceja:*

Este amor que te tengo,
morena ingrata...

*La gitana se acongoja
mientras el canto
asciende a su boca roja,
húmeda en llanto:*

Entre más me desdeñas
más se me agranda...

*La guitarra llora y sufre
como la moza,
cuya faz deviene azufre
y es más hermosa:*

Como la ortiga
que crece con más fuerza...

*Aquí, la voz se desgarrá
con honda pena,
mientras gime la guitarra
su cantilena:*

Como la ortiga
que crece con más fuerza
si uno la pisa...

Que crece con más fuerza
si uno la pisa...

*Combía, de un golpe, la maja:
su taconeó
el tablado casi raja
con su jaleo.*

*Se inicia, entonces, la juerga;
vuélcase el brío,
haciéndola que se yerga
de escalofrío:*

SEGUNDILLA

*Patea recio; saca el pecho;
ve, desdeñosa;
y, en el ardor del despecho,
es más airosa.*

*Va girando lentamente,
no sin malicia,
mientras la mira la gente
con gran codicia.*

*Palmas y son de vihuelú
vanla impulsando;
tras la emoción se desvela;
se va olvidando...*

*La vihuela se avinagra,
la gente grita;
Figulina de Tanagra
es la mocita:*

*Deja que cuaje la pose,
sencilla y sola,
hasta que, al fin, se rebose,
como una ola.*

*La palmas dan la cadencia
del movimiento
y la moza da la esencia
del sentimiento.*

*La actitud estrafalaria
que, a ratos, cobra,
deviene pose estatuaría:
El brazo es cobra*

*que se yergue en el ataque
contra su presa,
para darle, después, jaque,
feroz y avieso.*

Las cejas son arcos tensos;
 cuasal sagitarios,
 lanzan, los ojos intensos,
 sus flechas. Varios

gritan, sintiéndose heridos;
 otros se alelan;
 los máx se quedan sumidos,
 y, todos, velan

el gracil gesto minúsculo
 que hace una mano,
 mas, como acaba el crepúsculo,
 se vuelve vano.

De nuevo, torna la danza
 con su derroche
 voluptuoso de pujanza...
 y cae la noche.

Se enloquece la gitana
 con la negrura
 de la noche sevillana,
 tranquila y pura.

(Alguien ha puesto una antorcha
 sobre el tablado,
 reanudándose la chorch
 que había menguado).

Vese, en volances, a la moza
 que gira rápida,
 y su danza es bulliciosa,
 febril y sávida.

Gira, gira, con presteza,
 fingiendo el vuelo;
 se confunde la tristeza
 con el anhelo

de hacer vibrar los sentidos,
y, capitosa,
muestra los muslos pulidos
y el sero esboza.

Un grito, sonoro y ávido,
tiembla en el aire;
la moza, con gesto impávido,
se da, al desgairé.

Gira y se muestra a la gente:
Se siente reina;
gira; tan rápidamente,
que se despeina;

gira, orgullosa y segura;
muestra sus formas
sabiendo que la hermosura
no tiene normas,

gira, como enajenada;
gira y se tuerce;
gira, casi como alada,
sin detenerse;

gira, y girando, suspira;
gira y se estira;
gira, y girando, delira,
gira sin mira;

gira, rindiéndose exánime,
como una loca,
mientras surge un grito unánime
de cada boca.

RAFAEL LOZANO.

TU BALCÓN ES AMPLIO...

*Vives entre todos tus hermanos, hombre,
como en una cárcel, solo y aburrido;
y junto a las rosas, ante el pensamiento,
tu barro está mustio, tu corazón frío.*

*Moras a la sombra de aguesas montañas,
o bordan tus plantas perfumados ríos,
o en estas ciudades como blancas selvas
tienes tu vivienda, entre cien caminos.*

*Cruzas entre todos tus hermanos, hombre,
como en una cárcel, pálido de hastío...
... Tienes un celeste balcón a los astros
en tu misma casa! Mira el infinito*

*cómo se despliega frente a tu ventana
como un abanico!
Y, humilde gusano, frente a las estrellas
¿no sientes vergüenza de estar aburrido?*

*Sacude tu barro! Tu balcón es ancho,
tus ojos abarcan más de lo preciso;
asómate al punto y caerán cien soles
hasta lo más hondo de tu ser dormido.*

*Y cien alegrías, rosas ideales,
rebeliones santas, pensamientos limpios,
poblarán tu alma como un firmamento
que será tu amado firmamento íntimo.*

*Soles milenarios, estrellas hermanas,
planetas, lejanos y mudos vecinos,
por vuestras comarcas, en la vía láctea,
¿florece algún pobre pájaro aburrido?*

*Hermano en la tierra, hombre de mi día,
que llevas el rostro de pocos amigos:
a más de la dicha de mirar el cielo,
¿no tienes la gloria de verte a ti mismo?*

*¡Mira tu conciencia cómo maravilla!
De tu corazón escucha el latido...
Y, gusano humilde, frente a tu grandeza,
¿no te da vergüenza dormirte de hastío?*

*Y si te llevara de la mano ahora
hasta donde sueñan dos ojos queridos,
que remedan cielos y abisman conciencias,
y a su sombra puedes meditar un siglo?...*

*Sacude tu barro! Tu balcón es amplio!
Mira a las estrellas; mira hacia ti mismo;
mira los dos ojos de una mujer buena
y junto a su seno te sonría un niño...*

*¿Es que todavía a tu labio asoma
la doliente mueca que deja el hastío?
En la lucha eterna del hombre y el astro
eres el más triste, tú, de los vencidos.*

*Sin luz y sin gloria y sin alegrías,
te llaman las sombras de los infinitos,
clamor de venganza por la estrella madre
que engendró entre flores tan menguado hijo!*

LOS CAMINOS

I

*De pie sobre este plinto, Crepuscular la hora.
La inmensidad en el alma; fuera, la inmensidad.
Caminos interiores mi espíritu atesora
Y fuera, mil caminos me llenan de ansiedad.*

*Caminos como brazos que abrazan desde lejos
En un incomparable deseo de abrazar;
Mientras inconfundibles, inmóviles y viejos
Se abren dentro los blancos caminos del azar.*

*Es una voz la senda que tiende su armonía
Desde quién sabe qué honda, confusa lejanía
Para arrastrar mi alma en loca seducción;*

*Pero en el alma misma, otra voz—otra senda—
Hay, que también me llama a un país de leyenda...
¡Y entre los dos caminos, clavado el corazón!*

II

*Caminos que conducen a todos los destinos;
Caminos que no tienen acaso terminal.
A la muerte, a la vida... ¿a dónde van? ¡Caminos
Tendidos por el Hombre... ¿Hacia el Bien o hacia el
[Mal?]*

*Todos tienen su vaga perspectiva lejana;
 ¿Cuál seguir? No adie sabe qué camino seguir:
 Y cuando decidimos tomar una mañana
 Uno... retrocedí^{er}emos; ¡no queremos partir!*

*Nos retiene la duda, nos impulsa el misterio;
 Y ante todas las sendas triunfa éste cautiverio
 De vernos prisi^{er}oneros en plena libertad;*

*Y vamos y venimos en espantosa duda,
 Y extendemos ansiosos nuestra mirada muda
 Pensando en los que fueron y no volvieron más.*

III

*¿Cuál quieres que mi planta serena pise un día?
 ¿Caminos del ensueño, caminos del amor?
 ¿O aquel vago y lejano de la melancolía,
 O aquel más misterioso, sin luz, sin paz, sin flor?*

*O aquellos tempestuosos caminos de la lucha
 Que agitan las tinieblas de aguda tempestad;
 O aquel de donde vienes, que tu palabra escucha,
 Por ser tan transparente su azul serenidad?*

*¿Me dices el más bello? Con ser tantos y tantos
 No pueden arrancarme sus múltiples encantos;
 Que algo de su realismo retiene mi partir;*

*Yo sueño otros caminos! ¿Dentro? ¿Fuera? No im-
 porta!*

*Yo sueño otros caminos para mi alma absorta:
 Aquellos imposibles que no podré seguir!*

ARTURO S. SILVA.

VERSOS DE ALEXIS DELGADO

LA CRUZ DEL SUR

**EN LA TARDE TRISTE
DE LA FIESTA**

EL BÚRDEL Y LA TUMBA SE ABRAZAN

LA TUMBA VIVA

LA PALIDA MUERTE

ZIG ZAGUEA EN EL ROSTRO DE LOS SIGLOS

LA DESDENTADA LUNA

TRAIGO EN MI MANO
 UNA LAMPARA ANTIGUA
 QUE ILUMINA
 EL PAISAJE

LA CAPILLA

EL ORO DE LA CAPILLA
 BRILLA BAJO LA LUZ DE LA CULEBRA FAN-
 [TASTICA
 QUE ANDA POR SUS ALTARES SOLITARIOS
 ME - IMAGINO AMADA BESARTE EN ESE
 [CLAUSTRO SOBERBIO
 ARDEN LOS CIRIOS DE TUS ADORABLES LO-
 [CURAS
 ARDEN A VIVA LUZ Y TU SIEN NO SE DES-
 [MAYA
 POR TAN DIVINAS PITONIZACIONES
 Y ERES SENCILLA HASTA LO DOMESTICO

EL EXODO

AQUELLA DAMA ROJA
 YO LA VOY A ENCONTRAR
 EN LA TIERRA DEL MITOLOGICO TORO

LOS BRAVOS MARINEROS
 VAN CANTANDO EN CORO
 LOS VIENTOS EN EL MAR VERDE NOS LLEVAN
 EN EL FONDO DE LA TARDE EL HUMO SE
 [ELEVA
 UN PAJARO LOCO COMO UN ALMA HUMILDE
 ACABA DE PASAR POR EL CIELO BLANCO

EL MARINERO

ABRE EL PLUVIOSO MAR
 SU CUENCA VERDE
 SU CUENCA AZUL
 SU CUENCA COBRE
 EL MARINERO ABRE SUS CRINES AL VIENTO
 SE ABRE SU ALMA COMO UNA FLOR MARINA
 TODOS LOS VIENTOS SIENTE SU PECHO DE
 [ROBLE
 LA FAZ DEL MARINERO ES UNA ARRUGA DEL
 [MAR
 LA BLUSA AZUL DEL MARINERO ES BANDE-
 [RA DE VIDA

SU VIEJA CARA INFANTIL LA NUEVA ERA
SI HAY ALAS FUERTES SON LAS DE ESE RU-
[DO MARINERO
SI HAY SIMBOLO MAGICO LA ALEGRIA DE SU
[CORAZON

LOS PIANOS DEL ALBA

VOCES BLANCAS COMO PÁLOMAS SONORAS.
[EN EL ALBA.
LOS PIANOS QUE HABLAN DE ESTE MI COLO-
[QUIO
Y NUBES HACIENDO SERPENTINAS DE SAL-
[TOS
Y POR ELLAS EN SUBE Y BAJA ONDULANTE

EL CORAZON MIO
COMO UNA OLA GIRATORIA

YO ABRO LOS PIANOS SUBTERRANEOS
CON LAS MANOS SANGRANTES

Y DOY LOS BUENOS DIAS
PARALIZADO DE ELECTRICAS SOMBRAS

*JUGANDO YA EL ALBA ARRIBA DEL TEJADO
COMO UN AMARILLO NIÑO NUEVO QUE ME
[SALUDA*

*¡OH, LOS ORGANOS CUYOS TUBOS BRILLAN
[DE AMARILLO BRUMOSO
BAJO EL SUELO AGRESTE DEL ALBA...*

Montevideo.

- ALEXIS DELGADO. -

EDUCACIÓN

Los Congresos

Necesidad de modificar su reglamentación

Cuando estas páginas se publiquen, la ciudad de Río Janeiro habrá celebrado como uno de los actos conmemorativos del primer centenario de la independencia brasilera, el 3.er Congreso Americano del Niño.

Seis años hace que el primero tuvo lugar en Buenos Aires, por iniciativa de dos mujeres, doctora Julieta Lanteri y la profesora Raquel Camaña; el segundo se celebró en Montevideo.

El tercer Congreso, al clausurar sus sesiones, habrá resuelto cuál deberá ser el lugar de cita para el cuarto. Doy por asegurada la sucesión del quinto y de muchos otros; pero es de desear que en América; donde, por afinidades de historia a que hice referencia en un artículo anterior, las ideas se propagan fácilmente, con motivo de la función de este cuerpo, en el que armonizan sus fines tres grandes grupos de actividades científicas: la Medicina, el Derecho y la Pedagogía, se hagan las reformas que convienen a la finalidad de los Congresos en general y a la del niño en particular. Ellas son: orden y concentración.

Leyendo el programa de uno cualquiera, especialmente si es internacional, se nota que un fondo de va-

lores positivos va envuelto con algunas o muchas vaciedades.

Los temas deberían concretarse de manera que sólo pudiera llegar a la consideración de los congresales reunidos, un conjunto de datos nuevos referentes a la cuestión fundamental por la que traspasan fronteras tantas personas animadas de un gran propósito.

No hay razón para declarar solemnemente, como se hace en el Congreso alguna vez, lo que está escrito en muchos libros, con demostraciones y réplicas mucho más especificadas y profundas de lo que pueden ser las aducidas en un acto que, por la amplitud de su programa y lo artificioso de su formalidad, sólo puede dedicar a la consideración de un caso dado, por importante que sea, algunos minutos.

Es verdad que suele concederse el uso de la palabra por más tiempo del que marca el reglamento; pero eso no se hace siempre en consideración al tema, sino a la persona que pida la deferencia.

Algunos trabajos no se leen; otros se leen sin recibir atención y no puede decirse que uno y otro caso sean consecuencia de falta de mérito.

Los informes de los primeros días, alguna vez adolecen de poca sinceridad, porque los que discuten tienen reparos de simple cortesía para contradecirse después de las presentaciones ceremoniosas; y en los últimos existe la influencia de causas opuestas, pues a medida que las horas pasan, los congresales se reúnen en *lunches*, banquetes y fiestas diversas.

Cuando el día de la clausura se acerca, la campanilla tiene que pedir orden a menudo y algunas resoluciones proceden más que del criterio sereno de quienes las votan, de la presión de circunstancias del momento.

Ha ocurrido el caso de aprobarse un trabajo, con muchos aplausos, en la primera sesión; y en la última

plenaria, después de discutir acaloradamente las conclusiones, rechazarlas por gran mayoría de votos.

Si un martes, por ejemplo, se hace una declaración de espíritu contrario a otra declaración hecha el lunes, es inútil invocar las razones que decidieron el voto del día anterior; la asamblea, observada, dice sin ninguna preocupación, que una sesión es independiente de la otra.

Como está visto que no se trata de presentar valores originales, sino simples exposiciones sobre temas diversos, los trabajos exceden en mucho al número máximo de los que pueden ser leídos y las Comisiones organizadoras, para evitar las consecuencias enojosas de una selección, se ven obligadas a proceder con parcialidad notoria, pues a la vez que hacen propaganda para la adhesión, trata de que sólo escriban aquellas personas en cuyas condiciones fían, lo que da al Congreso un carácter de privilegio reñido con el espíritu de nuestras instituciones políticas y con el de una verdadera labor científica.

Terminadas las sesiones del 2.º Congreso Americano del Niño, como Secretaria de la Sección de Enseñanza, hube de ordenar 90 trabajos, de los que sólo 56 habían sido leídos o rápidamente informados.

A pesar de haberse invertido una suma respetable en publicaciones, como la Sección de Enseñanza ocupaba el último lugar, el beneficio no alcanzó hasta ella y de tanta labor sólo existe prueba en uno que otro escrito que ha visto la luz aisladamente.

Siendo americano el Congreso, hay que esperar que todos los países de América respondan a su llamado; y aumentando el entusiasmo por él, de período en período, como ha sucedido hasta ahora, júzguese por lo que certifico respecto al 2.º, qué sucederá en los sucesivos.

Cuando se miran de cerca las grandes cosas, se ven sus defectos, que suelen ser grandes y crecer en corre-

lación con ellas. Los que acabo de exponer, los debe el Congreso a la plétora de vida que le han dado los vastos ideales del siglo XX.

Ahora corresponde encauzar sus energías para que en él se llegue a la solución de algunos problemas sociales que requieren el mayor acopio de datos que sea posible adquirir.

Pueden observarse resultados análogos en circunstancias diversas o diversos en otras aparentemente iguales. Al buscar la causa que permanece escondida, la palabra hablada es capaz de evocar, con la vibración de la voz o la sugestión de un gesto, recuerdos que la meditación nunca habría desprendido del fondo inconsciente del espíritu.

Por lo que al niño se refiere, muchos son los problemas que podrían ocupar todas las sesiones dedicadas hoy a la consideración de temas tan numerosos y variados como son los que figuran en el programa de un Congreso.

¿Qué defectos de la enseñanza primaria se hacen visibles en secundaria? ¿Cuál es la relación entre el número de ingresos y el de egresos en cada una de las instituciones que persiguen determinada finalidad? ¿A dónde va la energía empleada en esa instrucción que no concluye el ciclo señalado? ¿Cuál es el porcentaje de anormales en cada país y cuáles son las causas a que se atribuye la anormalidad? ¿Cuáles son las mismas relaciones respecto a la criminalidad? ¿Cuáles, en este último caso, las de procedencia con la escuela primaria?

Estas cuestiones y muchas otras, tal vez no puedan ser penetradas debidamente en nuestros días aunque se reúnan datos, porque el origen de los hechos presentes está en tiempos que no dejaron rastros en una buena anotación; pero al echar de menos los que faltan, se

tomarían medidas para que el porvenir pudiera contar con ellos.

Cada gobierno podría dar por muy bien gastado el dinero que invirtiera en enviar delegados a Congresos del Niño que hubieran fijado de antemano pocas cuestiones de la índole indicada, para considerarlas en la tranquilidad de una sala donde sólo se escuchara la voz de los que hubieran aportado datos, porque los resultados de la educación serena, se harían efectivos en una gran economía de sumas que la ignorancia de muchas causas hace invertir inútilmente.

Los congresales podrían ser obsequiados con fiestas de carácter público; pero las sesiones deberían ser privadas. Por lo que valen las solemnidades para el efecto social, podría darse toda la solemnidad posible a la inauguración y a la clausura del Congreso.

En Medicina y en Derecho, hay sobrado número de cuestiones irresolutas que convendría tratar de esa manera.

Una sola en cada Sección, bastaría para dar trabajo durante 8 días o más a los representantes de cada uno de los países americanos que llegaran al lugar de cita, con el exclusivo fin de responder verbalmente a todas las interrogaciones del momento que los datos aportados pudieran sugerir.

La Asociación de Maestros José Pedro Varela, considera actualmente un proyecto de su Comisión de Estudios Pedagógicos, relativo a la fundación de un Instituto de Clínica Pedagógica. El profesor señor Clemente Estable, en quien recayó la honrosa designación de becado que el Gobierno Español concede a un estudiante del Uruguay, probablemente llevará al 3.er Congreso del Niño la voz de esa institución, pidiendo que, de acuerdo con los fines que ha de perseguir el Instituto, los maestros de Río Janeiro se dispongan a estudiar las cuestiones que sean propuestas desde Montevideo.

Si logra sus propósitos, como es de desear, dentro de poco tiempo se sentirá la necesidad de reunir a los que, procedentes de lugares distintos, puedan procurar datos de buena observación, a fin de inducir, con más seguridad de lo que puede hacerse en un campo reducido, el conocimiento de alguna de las leyes que rigen el desarrollo de la vida humana.

ENEBUQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

GLOSAS DEL MES

Don Jacinto Benavente

Al saludar a este hombre no podemos sustraernos a una vanidad de raza, cuya respetable fuerza atávica no cede a las influencias cosmopolitas de nuestro medio, a las sollicitaciones francesas de nuestra cultura, y, confesémoslo, tampoco cede a la desvalorización social en que tenemos a España.

Y no se reconforta nuestro entusiasmo porque la activa simpatía humana de los héroes de su teatro nos ponga la visión de realidades que amortigüen las decepciones persistentes con que medimos, a través del océano, la postración de España.



Nuestro entusiasmo, o esta como marea de orgullo, se afirma en la noble unidad de la obra de este hombre, obra de esencia tan preciosa que al avaluarla habrá de echarse mano a cifras elevadísimas.

Ya queda claro que no es el teatro mismo el fundamento del hondo amor crítico con que lo admiramos. Bien están su Crispín, su Malquerida y su Princesa Bébé y toda la muchedumbre a que dió vida su ingenio. Pero mucho mejor están los pensamientos del señor Benavente, esas ideas extraídas con no común vivacidad indagadora del aula anchísima que es la vida.

El módulo socrático en la explicación de las verda-

deras causas de muchísimos efectos, en esa obra de un espíritu libre creador de una filosofía cauta y sólida; y ese cultivo de un modo de la inteligencia que no ha sido el que más haya servido a los españoles para lucir sus minervas, es el cimiento de nuestra admiración, de nuestro orgullo de raza también, por encontrarlo al señor Benavente mancomunado a los pocos espíritus que, en la actualidad, acrecen el tesoro común de la civilización.



Explicado así como se nos hinchaba el pecho, júzguese la cordialidad con que presentamos al señor Benavente nuestros saludos.

EMILIO SAMIEL.

La cena mensual de la «Editorial Pegaso»

En honor del poeta y diplomático doctor Luis F. Guimaraes (filho), se realizó en julio la cena mensual de la Cooperativa Editorial Pegaso.

Fué una hermosa fiesta de buen tono.

Ocupó el sitio de honor el autor de "Piedras Preciosas" sentándose a su alrededor el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Editorial, y los señores Alberto Brignole, Vicente A. Salaverri, Fernán Silva Valdéz, José María Delgado, Telmo Manacorda.

Adhirieron al acto, excusando su inasistencia, Julio Raúl Mendilaharsu, Emilio Samiel, Santín Carlos Rossi, Emilio Oribe, Carlos A. Herrera Mac Lean.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Tu y Yo.—De Paul Gerdly.—Edición de *El Convivio*.—Costa Rica.—1922.

La suave y positiva belleza del "Toi et Moi" de Paul Gerdly, que habíamos saboreado hace dos años con vivo goce intelectual, renévese aquí, en esta feliz traducción de Brenes Mesén, con que nos obsequia la simpatía cordial de García Monge, el fino espíritu costarricense, editor de "El Repertorio Americano" y de "El Convivio".

"Libro de buen amor, léalo quien haya amado, y quien no, déjelo para cuando puesta la estrella del infortunio, surja el lucero de los pastores sobre su vida." Así dice el traductor, y así es, delicado, sutil, vivido, este bello librito amoroso, todo encendido de divina gracia y todo lleno de pura poesía.

Gracias sean dadas, pues, a García Monge, que tan linda cosa viene en brindarnos, para encanto de la vida prosaica y tumultuosa, donde el tiempo urge y el hombre es torpe.—T. M.

La Onda de Luz.—Por Horacio Maldonado.—Montevideo.—1922.

Podríamos reeditar las palabras que dijéramos hace poco, con motivo de la aparición de "La Fiesta del Espíritu".

Igual sana tendencia, idénticos primores de estilo, prédicas semejantes, análogas exaltaciones; en fin, una nueva demostración de todos los valores éticos y literarios que destacaron la fecunda cosecha de Maldonado, y cuya exégesis hemos tenido, bien que mal, oportunidad de hacer varias veces en estas páginas.

Limitámonos, pues, a señalar nuestra marcada preferencia por la parte final del libro, sobre todo por los capítulos dedicados a Molière, Rodó y Cervantes, en donde el autor revela sus condiciones de ensayista y glossador.

Afirmamos consideramos obligación señalar en párrafo aparte a "El caballero sin capa y sin espada", capítulo que cierra inmejorablemente el volumen y el que por su ideología y su recia construcción produce una bella y agradable sorpresa.

En resumen, "La Onda de Luz" es digna hermana de "La Fiesta del Espíritu" y "La Ofrenda de Encas".—J. M. D.

"La Sombra Alucinada".—Poesías de Mario Menéndez.—Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1922.

"Pegaso" publicó en diversas ocasiones, versos de Mario Menéndez.

Cosas llenas de musical ensueño, un tanto vagas, pero dulces y amorosas, con una inclinación elegíaca, el poeta, lleno de juventud, cantaba el hastío, la tristeza, el crepúsculo, la muerte.

Hoy viene en darnos este libro de poesías, que la Editorial acoge con entusiasmo.

Saludemos su entrada triunfal, y digamos en alabanza suya la palabra justa que aprecie su obra, suave y armoniosa como pecas. Alguno dirá, acaso, que el poeta está retrasado en la ruta, porque desconoce las torturadas formas novísimas. No hay tal. Menéndez tiene el corazón romántico, y su voz inicial es clara y pura, como la voz ingenua de la fuente. Sabio y consciente, el poeta se ha mantenido en su puesto, y ha dicho su canción sincera, sin exhibicionismo, sin vanidad, seguro de su huella y de su trino, capaz de vencer y de ser dueño de sí mismo. Daríamos la mano por confirmar su triunfo de mañana, mientras de todas esas otras alharacas de ahora ninguna quedará ni por ensalmo.

La ley de Verlaine está destinada a fijar los módulos del verso, y estas formas sonoras y dulces, de recóndito encanto musical, serán siempre las que prefiera el alma pura que anhela la belleza.

Claro que ella no quita el vigor ni la altura,—cosas que el poeta Menéndez no alcanza,—pero que tampoco aspira, puesto que no las aborda nunca "sentimental, sensible, sensitivo"; el poeta ha dicho su buena canción.

Celebrémosla, y digamos que si no ultrapasa las cumbres tampoco se queda en la tierra.—T. M.

Silencio de Cartuja.—Por José Ezequiel Pombo.—Editorial Cultural.—Montevideo.—1922.

El enorme cometa lírico de Julio Herrera y Reaño, sigue, muy intenso todavía, recorriendo su parábola luminosa en el cielo de la poesía americana y desprendiendo de su cola magnífica, meteoros más o menos fugaces y encendidos.

Discípulos devotos, suben noche a noche a lo alto de la Torre en que habitara, revuelven los gloriosos pergaminos y dirigen hacia su espíritu los arrobados astrolabios, tratando de seguir la huella fantástica de su parábola.

El autor de este volumen se cuenta entre ellos. "Silencio de Cartuja" es un libro esencialmente reminiscente y sugestionado, en donde la influencia del maestro resalta a cada paso.

Carece, pues, de originalidad, lo que no siempre indica ausencia de personalidad y, mucho menos, falta de don poético. No todas nacra para jefes de escuela,—el mismo Herrera y Reaño no lo

fué—y aunque, naturalmente, debe tenderse a la emancipación, esto no quiere decir que haya que irse a toda costa por donde nadie ha ido. Además, lo nuevo está muy distante de ser lo mejor, y es, con frecuencia, lo peor. No reprochamos, pues, la notoria influencia del poeta de "Los Peregrinos de Piedra" sobre este autor, sino la excesiva absorción que el maestro ejerce y que no deja vislumbrar—salvo en algunos poemas—el alma propia del acólito : apasionado.

Hecho tanto más de sentir cuanto que el autor demuestra poseer cualidades innegables, exteriorizadas no sólo en el dominio de la forma, sino en la noble exaltación y el cálido frenesí ó de sus ansias estéticas.

Lo que, evidentemente, podía haberse suprimido del libro, en parte por su gratuidad, en parte por su impresionante desequilibrio, son aquellas palabras aclaratorias puestas a modo de epílogo: "Este volumen de polifónicas resonancias líricas, fué concebido bajo la advocación luminosa del pródigo Padre Apolo, en horas febricitantes de acerbos vigilias lunarias y largos éxtasis de plácidos arrobamientos contemplativos, por José Ezequiel Pombo: ¡ Sacerdote de ritos inverosímiles en la Cartuja ideal de la Diosa Químira. Pugnó hasta conseguirlo, por sacarlo de la ineditéz a que, obstinadamente, lo había condenado su autor, otro Pontífice de Gaya Ciéncia, numen proteico y bizarro, rítmicamente fluido en las páginas de un fastuoso florilegio que ostentará en su pórtico este llamante clavel de dos pétalos simbólicamente primaverales: "Sangre Mozo"... Y concluye por ilustrar al lector de que el libro fué entregado a la Editorial el 1.º de mayo, "cuando el otoño germina e'el desconsuelo inenarrable de su primera desventura, en el silencio o'bsesivo de los crepúsculos tenuemente lividecidos, y se terminó de imprimir a los 15 días del mes de junio del mismo año, cuando el invierno abatía el ala taciturna de sus tristezas infinitas en la desesolación unánime de sus ensueños y las cosas, y el ciego cruel azotaba implacablemente los ramajes desnudos"...—J. M. D.

"Agua del tiempo".—Poesías nativas.—Por Fernán Silve Valdés.—Segunda edición.—Editorial "Pegaso".—Montevideo, 1922.

He aquí nuestro Kvaristo Carriego criollo; un poco más expresivo, un poco más gráfico, cantor de los mismos temas nativos, no tan íntimo ni emocional como el otro cuya dulzura empañó alguna vez nuestros ojos, pero sí más gaucho, más libre y — más fuerte que él.

La poesía rioplatense tiene en cualquiera de los dos una figura definitiva. Carriego, dulce y triste, soñó y cantó con medios muy sencillos, logrando supremos resultados de emoción. Silve Valdés dice las mismas cosas creando momentos de la naturaleza o de las costumbres con arte sobrio y claro, de sencillez y de color. Más que el otro,—ahora un poco lejano por el tiempo y la muerte,—este nuevo poeta de la tierra será el muralista campero de nuestro ambiente, haciendo galerías de cuadros y paisajes tan vivos y palpi-

tantes como no los hubieron nunca, y tan llenos de expresiva filosofía y de bella subjetividad y de brillantes imágenes, que harán eternizar la poesía de las cosas que él cantó, como si el modelo original quedará perpetuamente en su sitio.

Silva Valdés tiene el sentimiento y la facilidad de la imagen,—“la poesía es el arte de pensar en imágenes”, dijo Carlyle,—y las maneja con el libre albedrío de su espíritu paisano,—casi diría ingenuo,—jugando con ellas como con rosarios de piedras de color o de cuentas de vidrios, tal cual los indígenas de plumas en la cabeza jugaban en las tardes melancólicas, sentados en la arena de la playa o sobre los viejos sillares de piedra, con aquellos collares rudimentarios que su fantasía infantil imaginó de perlas... A veces el poeta encuentra alguna de estas imágenes que valen toda su poesía: y siempre son sus imágenes la belleza virgen, recién nacida y totalmente justa. Hablando de “el indio” comienza:

“Venía
No se sabe de dónde.
Usaba vincha como el venteveo
Y penacho como el cardenal.”

Cantando “al rancho”, dice:

“No se eleva, se agacha sobre la loma
Como un pájaro grande con las alas caídas.”

De “el mate dulce”, cuya “boca redonda y abierta—rodeada por un gro de plata,—se parece al bostezo de la negrita—que lo lleva y lo trae”,—exclama:

“Con la bombilla como un arma al hombro.”

De “el río”,—que “es mejor que los hombres porque ellos no tienen orillas donde echar sus resacas”, dice que:

“Se eñe al paisaje
Como a un ramo de flores de una cinta.”

“El hombre que te explota y aprovecha
Te hace plena justicia sin saberlo.
Pues te ocasiona el tajo de una quilla
Y te da la alegría de una vëla.”

De “el buey”,—clásico en Carducci,—agrega:

“Es tan madrugador, que todas las mañanas
Por entre sus cuernos se levanta el sol.”

De “el mate amargo”, usual en nuestros galpones madrugadores:

“Por el pico plateado de la bombilla
Canta de madrugada como un pájaro guacho.”

De "la nazarena", que cantó proezas en la libertad:

"Rosetón de fierro
Que tiene pinchos en lugar de pétalos."

"Eres una moneda que ha echado dientes:
Eres una moneda
Que a golpes de trabajo y a golpes de belleza,
ha subido hasta estrella."

De su caballo alazán "con una estrella en la frente":

"Y tenía en las patas los cuatro cabos blancos
Como de haber cruzado por un río de leche."

"De las ancas lustrosas
Le caía la cola
Como una cabellera que se desmorona."

En el poema "El Payador", acaso la más literaria de las composiciones gauchas de este libro, el poeta hace derroche de figuras no exentas de emoción, y logra un tono épico que sale de la primera palabra y sube hasta la última en un alarde grandilocuente, un poco extraño a la simplicidad objetiva y al ligero toque de emoción que salpica todas las demás páginas alegres en color y suaves en línea.

"La guitarra en tus brazos era como una hija
Pequeñita y sin madre,
Y tú le cantabas para hacerla dormir."

"Te apretaba el barbijo la nube de la barba,
Y entre la barba y el bigote unidos
—Cada vez que cantabas—
Tu boca amanecía como un churrinche en su nido."

Figuras tan gráficas como éstas se encuentran a menudo en sus otras poesías:

"Mujer:
Mi boca necesita de tu nombre
Como de la saliva."

"Y tengo los ojos mellados
De clavarnos en tí."

"El otoño ha llegado, y como es forastero,
El viento lo pasea por toda la ciudad."

Entre todos los poetas vagos y sanodinos de esta edad,—que tiene belleza a pesar del dicitario de algunos,—Fernán Silva Valdés no

construye calcinadas rimas sobre los giros de las libélulas, ni saca retorcidas figuras de las volutas del humo,—a veces blanco como un vellón y a veces negro como el crespón.

Es que él sabe el dominio del verso, y el secreto de la hermosura, y la teoría de Mallarmé sobre el valor de las palabras, y la frase de Taine que aconseja mirar fijamente a la naturaleza, y el concepto de Guyau que reclama el calor de simpatía humana acercando en el mismo movimiento a todos los seres...

Yo no conozco en la poesía nativa, resultados más bellos con más sencillos medios. Hay palabras que adquieren en sus manos de seminarista, un valor nuevo, un ignorado significado, como aquella alitas que no parece un diminutivo cuando dice: "como si a sus talones le nacieran alitas", hablando del vuelo de las espuelas en el galope de los gauchos; como aquella amanecía, refiriéndose a la boca roja entre la barba y el bigote negro del gaucho melencólico: "cada vez que cantabas tu boca amanecía como un churrinche en su nido"; como aquella ensuciaba del verso "si la lluvia al mojar te ensuciaba de cielo"...

No hay molde determinado para sus cantos, si hacemos excepción del soneto "al sauce", lo más viejo en el libro. Todas las otras páginas son manojos de estrofas libres que cierra casi siempre un verso justo, como una cinta rosa o celeste que atara diversos manojos floridos... "El rancho", "el indio", "el río", son libérrimos, sueltos, despeñados, descalzos, como en la realidad... He ahí la virtud esencial de su técnica: el ajuste a la naturaleza, el color y la libertad.

Si el sentimiento de la poesía tiene que ser una cosa natural, sin propósito retórico, reducida a sus rasgos más certeros, como una rima verlainiana, como una copla popular, esta poesía de Silva Valdés es fruto colmado y maduro como una granada que se abre de llena, mostrando sus dientes rosados debajo del copete de plumas sutiles... Ninguno de nuestros poetas gauchos, ni los viejos como Isidoro De-María o como Elías Regules, ni los nuevos como El Viejo Pancho, tienen acordes añes con este temperamento poético y estas estrofas originales de Fernán Silva Valdés, ya consagrado por la segunda edición de su "Agua del tiempo".

Nuestro entusiasmo se ha ido lejos, y esta nota rebasa ya los límites impuestos. Perdonemos el poeta todo lo que olvidamos decir de él y sepa el lector que el espíritu y los ojos y hasta la frente y las manos nos han quedado al terminar la lectura de este libro, como el paisaje lavado después de la lluvia. — verde nuevo, azul puro, amarillo claro, cristal brillante.

Era seguramente para eso, "agua del tiempo", y tenía todos los dones de la naturaleza. Renovar y fijar, sobre todo.—T. M.

La Ruta.—Poesías por Juan Mario Magallanca.—Montevideo.—1922.

Cuando nosotros encontramos en un libro de poesías una sala con buena, realmente buena, damos por bien recompensado el tiempo

que hemos empleado en leerlo. Al fin y al cabo lo que vive de las obras de los maestros es una ínfima cantidad, con relación al total de su trabajo. En materia poética el que logró decir bien cuatro cosas bien sentidas, o, para decirlo en jerga literaria, el que tenga media docena de "pegadas" en su haber, puede marcharse del mundo, seguro de su importancia y de su perdurabilidad.

El numen del señor Juan Mario Magallanes, es como el de todos, irregular, inconstante y con cierta tendencia hacia la prosa, defecto, este último, más bien achacable quizás a la desorientación anárquica de la hora. Además, creemos que existe un poco de artificio en su sensibilidad; su ruta, al menos aparentemente, parece cruzar más por campos cosechados que omotivos. Es claro que esto puede ser solo un falso juicio, proveniente de dos naturalezas orgánicamente distintas, por eso hemos dicho "aparentemente": sabe Dios si lo que en uno no podría nacer más que de la idea, no es en otro producto puro de la emoción.

Así, pues, si tuviéramos que juzgar esta obra en conjunto, por impresión global, nosotros hablaríamos de un poeta común, de sensibilidad psíquica, medularmente noble, aunque un poco equivocado, tal vez, en sus análisis introspectivos. En fin, un alma que está su marcha, y que no ha alcanzado todavía su plenitud. Pero es que hay en "La Ruta" varias composiciones y sobre todo una "Mi casa", que representa a nuestro juicio un acierto de esos que sobran para justificar un libro. Y eso basta para que nosotros los elogiemos sin reparo, y reconozcamos el derecho de su autor a una neta identificación dentro de nuestro ambiente espiritual.—J. M. D.

Figure della letteratura spagnuola contemporanea.—Por Ezio Lévi.—Società Editrice "La Voce".—Firenza.—1922.

Se estudia en este libro la obra de cinco figuras centrales de la literatura hispanoamericana contemporánea: Unamuno, Blasco Ibáñez, Antonio de Hoyos, Concha Espina y Rufino Blanco Fombona.

Resalta, desde luego, la cálida admiración que el autor siente no sólo por la obra intelectual sino por la vida misma de los personajes que comenta. Blasco Ibáñez y Blanco Fombona, sobre todo, literatos y aventureros, con su vida desmelenada, llena de episodios intensos y teniendo por escenario los panoramas más desiguales y exóticos, le dan materia para escribir páginas muy interesantes.

En cuanto a la labor crítica en sí misma, demuestra el autor poseer un criterio exacto de la misión del exégeta, un fino sentido estético que lo lleva a desbrozar y subrayar las cualidades características y una gran honestidad en el juicio. Tiene, además, el don de la expresión bella y pura: el libro está escrito en un italiano clarísimo que lo hace fácilmente abordable aún para aquellos que no hayan intimado mucho con ese idioma. En suma: un libro altamente recomendable a todos los que se dedican a la exégesis literaria.—J. M. D.

Estocadas en la Aldea.—Por Vicente A. Salaverri. — Cooperativa Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1922.

Salaverri las ha sentido en carne propia y las hace sentir a los demás. Su pluma tiene punta y hiere. Hace bien... por un lado, pues conviene devolver mal por mal, de cuando en cuando. "La sociedad es el más molesto de los seres que nos rodean", porque es un conglomerado de hombres mediocres, en quienes la incompreensión, la rutina, la pobreza intelectual o la mezquindad de espíritu son prendas predominantes. Y ya que estos diversos tipos nos hacen mal, bueno es devolverles el mal que nos hacen exhibiéndolos con su carnadura repelente y vapuliéndolos aún "con ironía o desenfado". Algo esquemáticamente, pero bien y realmente, los caracteriza Salaverri: un rasgo esencial aquí, otro allá y un ajustado relieve social concomitante.

Pero, al lado de todo esto, y dentro del desenfado, hay algo de herida en la carne propia, que el hombre superior no debe hacer sentir.

Ciertas frases constructivas se han salvado del ardor de la lucha, y ellas son valiosas. "Para vencer en esa lucha hay que recurrir a todos los ardidés, desde la ocultación de la personalidad hasta el fugimiento de la camaradería." "Solo el que tiene talento es capaz de reconocérselo dignamente a los rivales." "Para amar la soledad es preciso tener una vida interior tan intensa, que todo lo externo llegue al espíritu sin interés." Por eso el aislamiento es propio de los espíritus superiores; y la comparación de los inferiores o mediocres. Por eso éstos se reírían en el mal ajeno, y aquéllos deben ignorar la alegría de los tontos o los malos.

Y por eso concluyo estos mal perfeñados comentarios diciendo, con Salaverri mismo: "No desdeñemos, no estigmaticemos. Hagámonos mejores. Infundiendo en nosotros mismos, habremos ya influido en la sociedad. Pengamos amor en nuestras obras. Querámonos más, para amarnos bien. Un filósofo ha dicho que sólo puede llamársele maestro a quien nos ha dado una lección de amor."—A. B.

Ética en Verso.—Por Mazarino Ferrara.—Buenos Aires.—1921.

Libro escrito con excesiva vehemencia juvenil, está lejos de revelar una personalidad o un perfil netamente definido, pero nos atrae a través de una sugestiva por su calor lírico y su nobleza sentimental.

Temas musicales como el título lo expresa, se dejan leer de buen grado, no sólo por su evidente espontaneidad sino por su fervor apasionado. Es natural que a poco que aguáramos la crítica, podríamos hacerle una serie de reproches, pero a nosotros nos basta hallar en las obras juveniles algunas cualidades o aptitudes, como las que se dan y se demuestran en este libro, para no cesar jamás de elogiar y estimular a sus autores.

No queremos cerrar estos ligeros comentarios sin saludar, además,

a la artista Romilda Ferraría, que ha decorado el libro con ilustraciones llenas de talento y de vigorosidad.—J. M. D.

"Las Vísperas de Caseros".—Por Arturo Capdevila.—Buenos Aires.—1922.

Bajo tan sugerente título, el conocido escritor argentino don Arturo Capdevila ha compilado, en pequeño volumen de 150 páginas, los artículos que publicara en "La Prensa" de la ciudad vecina, sobre temas y aspectos de la tiranía de Rosas.

Si Capdevila, al tenor de un riguroso acto de justicia, ha sido consagrado poeta al ser conocida su "Melpómene", "El poema de Nenúfar", "El Libro de la Noche" y "La Fiesta del Mundo", espíritu estudioso poseedor de sólida cultura filosófica en "Dharma", donde examina las religiones del lejano Oriente, sentidas y observadas en su aspecto jurídico, en el libro que nos ocupa, presenta una nueva faceta de su inteligencia vigorosa, exponiéndose como notable costumbrista y cronista histórico de relieve propio.

Su juicio sobre la persona del tirano es exacto y ajustado en un todo a la verdad histórica; su retrato de Manuelita—"la poesía de la Dictadura"—es acabado y perfecto; el cuadro en que nos muestra al sanguinario gobernante de Palermo, torturando su cerebro tras la fórmula truculenta y procaz que debía hacerse popular en las masas federales para calificar la conducta de Urquiza al defecionar de sus filas, es algo verdaderamente notable. ¿Y qué decir del fuerte realismo que se desprende de los retratos de las funciones teatrales de la Santa Federación — en la representación de "Juan sin Pena" sobre todo,—del baile del 28 de octubre de 1851 en el inconcluso Coliseo, de los aspectos de la vida cordobesa bajo la férula de aquel tiranuelo soez que se llamó Manuel López! Las felices pinturas del ambiente provinciano, destacan a cada instante pinceladas macistras, que claramente evidencian lo compenetrado que está el autor con los usos y costumbres de la época.

En resumen: un libro ameno, escrito brillantemente, en el estilo correcto y elegante propio de Capdevila, pleno de noticias interesantes y de retratos instructivos.—H. A.

"Débarcadères".—Poemas de Julio Supervielle.—París.—1922.

Ventura García Calderón, su interesante página sobre la nueva poesía francesa, acaba de llamar a Julio Supervielle, "poeta del exotismo americano cuya vida es una escala precaria entre dos riberas de gran esplendor: la Isla de Francia y el Puerto de Montevideo".

En efecto, M. Supervielle nació en esta "tacita de plata" y vive siempre en París: de ahí el encanto de su nostalgia y el extranjerismo de su poesía.

No vamos a reclamar para el Uruguay la gloria de este portallira que renueva el caso de Jules Lafogne, montevideano de origen y francés en la vida y en las antologías. Glosando un verso de Calde-

rón podríamos establecer nuestro concepto de patria: la patria no es el lugar en que se nace, sino el lugar en donde uno se hace.

Saludemos, pues, enorgullecidos,—que bien lo cabe,—este nuevo libro del ilustre poeta que deviene en cantar desde lejos lo que entrevió en la infancia y lo que en los viajes nimbados de ensueño le dijeron el mar y la pampa, el gaucho y el río, el puerto y las islas...

Julio Supervielle tiene el modernismo de la imagen, la dulzura del verso y el eucanto purísimo de la belleza. Ese "Centro del horizonte marino" con que abre su libro, está lleno de ensueño, de color, de fuerza poética, de melancólica grandeza: mientras la ola palpa y golpea duramente la proa de hierro que avanza ligera hacia el horizonte, la noche tiene, del otro lado de la orquesta y las luces de a bordo, —que las risas de las mujeres salpica,—una romanza sin palabras que viene de abajo, al través de seis mil metros de silencio y dice de una tierra ciega que duerme en la calma lisa y lacustre del fondo...

Amigo del sueño y del crepúsculo, el poeta levanta sobre el mar las alas de su albatros y deja flamear en la tarde el vuelo de su poncho sobre el caballo gaucho de la pampa platense. Le gustan los silencios expectantes, las florestas indianas, los navíos fluviales, los puertos inmóviles en donde duermen las quimeras y en donde acaban las esperanzas. Es el poeta de la nostalgia pura, del amor a los viajes y del ensueño flotante, que engasta en la energía épica de sus motivos el ópalo de su lirismo o la turquesa de su corazón romántico.

Bien haya entonces que la Francia amada complete su mapa lírico con este poeta de los "desembarcaderos", que nosotros admiramos, felices de sentirnos unidos a su espíritu por esta trepidación subterránea y lejana que ata con la misma cinta de seda, nuestro nacimiento y el suyo, su idealidad y la nuestra...—T. M.

Representantes de PEGASO en Norte América:

ZABALA Y MAURIN

5 West 47 th Street
NEW YORK CITY